

EL CANASTO

Daniel Matul Romero
Guatemala

Mis abuelos fueron sauces, largas columnas de madera que sostuvieron la noche. Fuimos árboles que navegaron sobre las aguas en forma de canastos. Poco a poco nos tejieron las manos de seres que salían de los bosques manchados por la humedad de la tierra. Fuimos árboles que dieron sombra. Los tzutuhiles lo sabían, por eso el tiempo para las abuelas se tejía con el mimbre. Fuimos la forma del tiempo, un rostro, un cubo, una serpiente, las alas de un pasado que fue pez, murciélago, piojo o lagartija. Ahora somos solo el cesto donde se pone la ropa sucia. Un recipiente para guardar el pan, la sal, el azúcar, los calcetines. Un día, fuimos la nave que cruzó los océanos. Este país se tejió con tallos largos de nuestro cuerpo. Aún podemos almacenar a la noche, aunque ahora nos pongan platos y tenedores encima. Somos la prueba de que las manos tienen memoria. Tejer no es otra cosa que recordar. Recordar es elaborar canastos donde se guardan las cosas que son importantes. Quien hace un canasto escribe una historia. La historia está en esas manos que tejieron canastos y naves y libros para que supiéramos que el tiempo es un tejido que guarda lo que fuimos descubriendo en este oficio de trenzar lentamente nuestro pasado.